

Reflejos

Revista del Departamento de Estudios Españoles y Latinoamericanos

Facultad de Humanidades, Universidad Hebrea de Jerusalén

Número 4, Diciembre 1995

Banalidad

Amalia Ran

p. 128

GOLPEO la puerta, vaciló un instante, volvió a golpear con más fuerza. Desde adentro, él gritó: "Un momento, estoy en la ducha". La puerta se abrió y finalmente él estaba ante ella, el torso desnudo, el pelo claro aún mojado, gotas grandes bajaban por el cuello y de allí al pecho liso, hasta desaparecer en la toalla que lo cubría.

El se hizo a un lado para dejarla pasar. "¿Qué tal?". "Cansada", contestó, descolgó el pesado bolso en un rincón del cuarto desordenado, depositó el arma sobre el sofá y giró hacia él. El no la miró, dio vueltas por el cuarto, se arregló, se acostó en la cama. "Creo que voy a ducharme", sonrió ella con indecisión, "hace tanto calor y humedad aquí", agregó, se quitó la blusa kaki y, en camiseta, tomó la toalla y el champú y entró al baño.

El prendió el estéreo y cerró los ojos.

Cuando ella salió del baño, el cuarto estaba en penumbra, la cortina corrida, la música era suave. Ella sintió que él vigilaba cada uno de sus pasos en dirección al sofá. Dobló prolijamente el uniforme y quedó de pie, en silencio.

Los ojos azules la penetraban. "Ven aquí", le dijo en voz baja. Ella obedeció. Se acostó a su lado, él acarició sus cabellos largos todavía húmedos, y murmuró "Hueles tan bien".

La música continuaba, ella no la conocía, él la besó suavemente, y luego con más intensidad, y sus manos comenzaron a pasearse por su cuerpo... hacia abajo... explorando, buscando, como si fuese la primera vez.

El se acostó sobre la espalda, "Así es más cómodo". Ella no dijo nada. Le bastaba estar así con él, en el cuarto, en esa grata oscuridad, el sordo murmullo del acondicionador, la música que los envolvía y él que la envolvía con sus brazos y su cuerpo largo. Deseó que esa hora, ese viernes a las dos, no terminara nunca.

Banalidad

Amalia Ran

De pronto él se dio vuelta hacia el estéreo, cambió el disco, como si algo lo inquietara, prendió un cigarrillo para él y otro para ella, y quedaron recostados en silencio, fumando lentamente, oyendo y no oyendo la música. "¿Cómo fue tu semana?", preguntó. Ella le contó sobre sus días banales, y él rió en

silencio ante las pequeñas tonterías y el sarcasmo en su voz. El tiempo se deslizaba lentamente.

"Vamos", dijo ella finalmente, "mi madre nos espera". El quería quedarse, ella trató de persuadirlo. "Ven, viajemos, a la noche nos encontraremos otra vez si quieres, pero yo tengo que regresar ahora". El aceptó.

Ella se levantó de la cama, corrió la cortina y el cuarto se llenó de la clara luz de la tarde de verano.

Ella lo miró incorporarse, ayudándose con los fuertes brazos que tanto amaba, y alzarse hasta la silla de ruedas que estaba todo el tiempo en un rincón junto a la cama.

"Alcánzame los pantalones negros", le dijo, sin pedir, sin ordenar, como si fuese la cosa más natural del mundo.

Ella le alcanzó los pantalones, hizo alguna broma intrascendente, él se rió, "Hay que domesticarte..." y alzó hacia ella, desde la silla de ruedas, su sonriente mirada azul.

"¿Vamos?". El echó otra mirada al cuarto. "Qué desorden", se sonrió ella. "No importa, la enfermera ya lo ordenará, vamos". Ella se ubicó detrás de él y empujó la silla hacia la puerta.

Juntos rodaron hacia afuera, en dirección al ascensor en el extremo del pasillo, y de allí abajo, hasta el auto que los esperaba para llevarlos a casa.

Trad.: F. F. Goldberg

Israelf. Estudia Relaciones Internacionales y un B.A. general, que incluye cursos en el Departamento de Estudios Españoles y Latinoamericanos de la Universidad Hebrea de Jerusalén. Ha publicado poemas en revistas literarias.